

En Adviento Dios cuenta con la humanidad para manifestar su Salvación

(ciclo B)

Con el tiempo de Adviento iniciamos un nuevo año litúrgico en la Iglesia Católica. De modo particular, el Adviento nos invita a renovar la esperanza y la alegría en el Señor, a actualizar su venida histórica ocurrida poco más de 2000 años y a prepararnos para su segunda venida en gloria.



El Adviento nos revela el plan de salvación que Dios trazó desde antiguo, para hacer partícipes a los hombres de todos los tiempos de la plena comunión divina.

En ese propósito, Dios manifestó con palabras y obras su deseo de salvar a la humanidad. Este movimiento descendente, de Dios hacia el hombre, supuso también la participación del hombre en el deseo de Dios.

Así, pues, Dios quiso contar con la humanidad para manifestar su plan de salvación: fue revelando su voluntad a través de personas que Él eligió, de

hombres y mujeres quienes, llenos del Espíritu Santo, se convirtieron en portavoces de Dios. En lo profundo de los corazones Dios sembró la capacidad de reconocer su presencia, su voz; así, dispuso a la humanidad para acoger su salvación y su mensaje. En pocas palabras, Dios salva a través de los hombres.

Cuando los hombres oyeron el mensaje de Dios a través de sus elegidos, descubrieron, al mismo tiempo, la necesidad de recibir su salvación: desearon



que les salvara de sus angustias y temores, de sus debilidades y flaquezas, pero también, de la muerte eterna. Esta realidad es bellamente manifestada en las lecturas de los 4 domingos de Adviento.

Me alegro con mi Dios

El hombre siente en su interior la necesidad de recibir la gracia de Dios y por eso le suplica, deseando su venida: « ¡Vuélvete por amor a tus siervos! ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases! ¡Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve! » (I Domingo de Adviento) « ¡Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación! » (II Domingo de Adviento). El hombre, pues, anhela la salvación de Dios.



Este deseo del hombre brota del corazón, luego de oír la voz de quienes anuncian la venida del Señor. Por los profetas Dios fue revelando la venida del Mesías y la necesidad de disponerse para recibirlo. Isaías y Juan Bautista son testigos de esta disposición: « Una voz grita: “en el desierto preparen el camino del Señor, allanen sus senderos”..» (II Domingo de Adviento).

Ahora bien, el Mensajero no sólo anuncia la venida del Señor, sino que se deleita con su venida: « El Señor me ha enviado para dar la buena noticia... Desborde de gozo y me alegro con mi Dios, porque me ha vestido un traje de gala. » (III Domingo de Adviento).

El deseo de quienes anhelan la venida del Señor, y la alegría de quien la anuncia alcanzan su plenitud en las palabras de Jesucristo quien nos exhorta directamente a esperarlo vigilantes: « Velen, porque no saben cuándo vendrá el Señor. » (I Domingo de Adviento). Y también: « Juan vino como testigo de la luz, para que por él los hombres lleguen a la fe. » (III Domingo de Adviento).



Así, pues, el deseo de los hombres, el testimonio del Mensajero y las palabras del Hijo del hombre, confirman que Dios cuenta con la humanidad para manifestar su salvación. Esta participación activa y esperanzadora de la humanidad está representada especialmente en la Santísima Virgen María, quien, escuchando la voz del ángel y meditando en su corazón el deseo de Dios, supo donarse total y confiadamente a Su voluntad, al punto de decir: « ¡Aquí está la esclava del Señor! ¡Hágase en mi según tu palabra!» (IV Domingo de Adviento). La respuesta de la Virgen María, entonces, es la mejor manera de disponernos para recibir al Señor.

Cada día del Adviento nos debe llevar a responder como María. María se hizo esclava, para que la salvación del Señor floreciera en la tierra; Cristo tomó nuestra condición, pasando por uno de tantos, para salvarnos; ahora, a nosotros, nos corresponde ser siervos para acoger a nuestro amo, Jesucristo, el Señor.

El Dios que creó el Universo y en él a la humanidad, no se cansa de manifestar su gloria y su salvación. En el Adviento nos ayuda a tomar consciencia de su plan amoroso y de lo importante que somos para que su obra se realice y colme toda la tierra.

Supliquemos, pues, al Mesías su venida, anhelemos su llegada; permanezcamos atentos y vigilantes, preparados, esperando su retorno.

Escuchando la voz del Mensajero renovemos la promesa que nos dice que Cristo volverá; vivamos la gozosa espera cimentados en la fe y en la alegría.



¡Ven, Señor! ¡Ven, que te esperamos!

Wilson Cobaleda, pbro.